

UN LIBRO VERDADERO
David Foster Wallace:
EL REY PÁLIDO
Barcelona, 2013, Debolsillo

emiliosola@archivodelafrontera.com

Colección: Bibliografía: Notas de lectura
Fecha de Publicación: 01/01/2014
Número de páginas: 8
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com

David Foster Wallace: EL REY PÁLIDO

Traducción de Javier Calvo Perales
Barcelona, 2013, Debolsillo

DEBOLSILLO Contemporánea

«Una parábola escalofriante del capitalismo tardío en la era de la información. Con ecos de Pynchon y Bartleby, Wallace revive desde el futuro el terror vislumbrado por Melville.»

Eduardo Lago, *Babelia, El País*

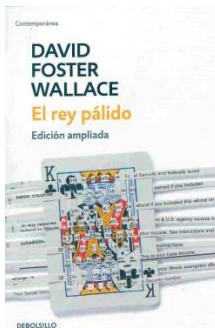
A David F. Wallace, los agentes del Centro Regional de Examen de la Agencia Tributaria de Peoria, Illinois, le parecen de lo más normal. A medida que se adentra en la tediosa y repetitiva rutina de su trabajo, conocerá la magnífica variedad de personalidades que han sentido la llamada de Hacienda. Su llegada coincide con el recrudecimiento de fuerzas conspiratorias que pugnan por despojar el trabajo del rastro de humanidad y dignidad que todavía queda. *El rey pálido* es la novela póstuma de David Foster Wallace, que ampliamos, por primera vez en español, con cuatro escenas inéditas.



DAVID FOSTER WALLACE (1962-2008) ha sido para muchos el novelista más importante de su generación. Sus novelas, relatos y artículos, en los que la exuberancia técnica y la perspicacia filosófica son omnipresentes, lo sitúan como heredero de autores de la talla de Thomas Pynchon o Don DeLillo, y en el precursor inmediato de escritores más jóvenes como Dave Eggers o Jonathan Safran Foer.

Traducción de **Javier Calvo**

Incluye cuatro escenas inéditas



DISEÑO: MARIO J. PULICE
ILUSTRACIÓN: JO KAREN GREEN

www.megustaleerdebolsillo.com

Una novela difícil e inconclusa. O tal vez nonovela, según el autor deja caer varias veces, casi con insistencia, sobre todo en un prodigioso capítulo 9, tal el capítulo 9 del *Quijote* en donde el autor Cervantes descubre al autor ficticio Cide Hamete Benengeli.

UN LIBRO VERDADERO

“Todo esto es verdad. Este libro es completamente verídico” (85).

“Aquí va toda la verdad: lo que sigue es sustancialmente verídico y preciso. O por lo menos es un relato parcial mayormente verídico y preciso de lo que yo vi y oí e hice, de la gente a la que conocí y con la que trabajé y a cuyas órdenes estuve, y de todo lo que me pasó en el Centro 047 de la Agencia Tributaria, el Centro Regional de Examen del Medio Oeste, Peoria, Illinois, entre 1985 y 1986. De hecho, gran parte del libro se basa en distintos cuadernos y diarios que escribí durante los trece meses que pasé como examinador de a pie en el CRE del Medio Oeste. (‘Se basa’ quiere decir que más o menos lo he sacado todo de ahí, por razones que sin duda quedarán claras.) *El rey pálido* es, en otras palabras, una especie de autobiografía vocacional. También se supone que ha de funcionar como retrato de una burocracia – probablemente la burocracia federal más importante de la vida americana – en un momento de enormes luchas internas e introspección, los dolores del parto de lo que los profesionales del fisco han venido a denominar Nueva Agencia Tributaria” (88).

“*El rey pálido* es básicamente una autobiografía sin ficción, con elementos adicionales de periodismo reconstructivo, psicología organizativa, educación cívica elemental, teoría fiscal y demás” (92).

Esta contundencia del capítulo 9, que el autor David Foster Wallace titula así, “Prefacio del autor”, es un nudo maestro en todo similar al antes aludido cervantino del capítulo 9 del *Quijote*, el del encuentro de un manuscrito árabe en el Alcaná de Toledo y el descubrimiento de su autor Cide Hamete Benengeli, como decía. Y es la puerta abierta a la más alta literatura, al juego literario verdadero, con la sospecha de que la interrupción de ese juego, trágica en este caso a causa del suicidio del autor, está íntimamente ligada a la propia lucidez a la que accede dicho autor durante el juego mismo. Eso hace especialmente apasionante esta novela en la que el protagonismo absoluto es una Agencia Tributaria intemporal, aunque en este caso sea americana.

Prefacio del autor.

Aquí el autor. Quiero decir el autor de verdad, el ser humano de carne y hueso que sostiene el lápiz, no una máscara narrativa abstracta. Cierto, en algunos momentos de *El rey pálido* existe la máscara, pero se trata principalmente de un constructo legítimo y meramente formal, una entidad que existe únicamente con fines legales y comerciales, casi como una corporación; no tiene ninguna conexión directa y demostrable

conmigo como persona. Pero este de aquí soy yo como persona real, David Wallace, de cuarenta años, con número de seguridad social 975-04-2012, dirigiéndome a ustedes desde el despacho deducible mediante el impreso 8829 que tengo en mi domicilio situado en el 725 de Indian Hill Boulevard, Claremont 91711, California, en el quinto día de la primavera de 2005, para informarles de lo siguiente:

Todo esto es verdad. Este libro es completamente verídico. (84-85).



UN LÚCIDO AUTOR FICTICIO DE CARNE Y HUESO

La novela compleja y con destellos hermosísimos, está, al mismo tiempo, inconclusa, y eso tal vez le añade esa belleza imprecisa del romance viejo que si no estuviera inconcluso tal vez no sería tan bello.

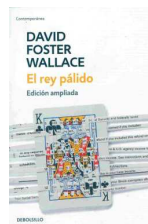
De nuevo en el capítulo 24 vuelve al tono del capítulo 9: “Aquí el autor”, y una nota, de las muchas que – tal vez esa inconclusión, esencial en el texto funal – va distribuyendo aquí y allá a lo largo del texto resultante del trabajo del editor Michele Pietsch. En la nota dice:

“No voy a seguir diciendo esto cada vez que yo, el autor de carne y hueso, me ponga a narrar de forma activa. De momento lo incluyo solamente a modo de pista inocua para ayudarlos a ustedes a seguir el hilo de las diversas secciones y personajes del libro, puesto que (como ya he explicado en el Prefacio del Autor) la situación legal entre manos requiere cierto grado de polifonía y de fluctuación” (p.285).

Se refiere a la cuestión legal de los contratos editoriales, los anticipos, los pleitos que se pueden generar, “en el clima comercial de hoy día” (92), que abre una divertida y compleja reflexión sobre el trabajo de un escritor profesional, el propio autor, que en su vida de estudiante se ganó la vida redactando trabajos para otros estudiantes menos hábiles, una especie de “rincón del vago”, tan popular entre los estudiantes actuales durante un tiempo, que podría resultar un trabajo delictivo y punible... A pesar de que para él eran meros ejercicios de “un entrenamiento para alguien interesado en eso que se llama ‘escritura creativa’” (94). Pero que al mismo tiempo le sirvió para alcanzar algunas certezas importantes para su propia vida: en la universidad cara y elitista en la que

estuvo, “principalmente poblada por licenciados de facultades privadas de élite de Nueva York y Nueva Inglaterra”:

“Sin entrar en demasiados detalles, digamos simplemente que yo produje ciertas piezas de prosa para ciertos alumnos sobre ciertos temas académicos, y que dichas piezas eran ficticias en el sentido de que tenían estilos, tesis y personajes académicos que no eran los míos e iban firmados por autores que no eran yo. Creo que ya se hacen ustedes una idea. La primera motivación detrás de esta pequeña empresa era, como pasa muy a menudo en el mundo real, financiera. No es que yo fuera desesperadamente pobre en la universidad, pero mi familia no era rica ni mucho menos, y una parte de mi paquete de ayudas financieras requería aceptar cuantiosos préstamos para el estudio. Y yo era consciente de que tener deudas por préstamos para el estudio era algo tremendamente nocivo si después de la universidad uno se quería dedicar a cualquier clase de carrera artística, puesto que es sabido que la mayoría de los artistas se pasan años bregando y sumidos en el anonimato ascético antes de que su profesión les reporte ninguna clase de ingresos... En muchos sentidos, aquella universidad fue mi introducción a la lúgubre realidad de las clases sociales, la estratificación económica y las realidades financieras completamente dispares en las que habitaban los distintos tipos de americanos.”
(93).



UN PROTAGONISTA PRINCIPAL: LA AGENCIA TRIBUTARIA

El editor Michael Pietsch añade al final del texto que reconstruye al editar unas “Notas y acotaciones”, aclarando que el largo manuscrito de Wallace incluye “centenares de notas, observaciones e ideas generales”, que hacen más comprensible el proyecto del texto inconcluso. En una de estas, en la que parece que se precisa algo sobre uno de los mandamases, el personaje Glendenning, que con otros como él, que no aparecen nunca, constituyen uno de los pilares del relato, se sintetiza una de las ideas fuerza del conjunto literario de Wallace:

“Son los de Recursos Humanos los que al final son reemplazados por ordenadores; resultan demasiado fáciles de distraer, están demasiado metidos en asuntos laterales. ¿El hijo de Glendenning está en la armada a bordo de un barco en la costa de Irán? Aterrado de que esté arriesgando su vida por una América

por la que ya no vale la pena luchar.”
(582).

Ante el proyecto de reemplazar a los examinadores humanos por ordenadores, se planteaba el dilema; ante el proyecto de esos invisibles mandamases de un Sistema de Recaudación Automatizada, la resistencia venía de los tipos de la vieja escuela

“que creen en la Agencia Tributaria como organización cívica, mientras que la nueva escuela tiene una filosofía empresarial: maximizar los ingresos y minimizar los costes.

La Gran Pregunta es si la Agencia Tributaria tiene que ser una entidad corporativo o bien *moral*.”
(586).

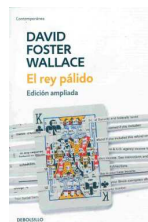
El editor Michael Pietsch añade también “Cuatro escenas hasta ahora inéditas de *El rey pálido*”, en la primera de las cuales hay un planteamiento teórico de interés que da cuenta también de la vivaz actualidad de este proyecto literario de David Foster Wallace, de la seriedad con la que se lo planteó y de esa trágica lucidez alcanzada si uno se resiste a desligar de su fin trágico – el suicidio – la lucidez como fuente de certeza. O algo así. De ahí mi fascinación ante esta novela, que aparece más subyugadora aún por el hecho de su inconclusión.

“Uno de los mayores servicios que proporciona la Agencia Tributaria consiste en actuar como antídoto o antagonista del egoísmo natural de la gente. Estamos aquí – provistos de abundantes poderes – para recordarles a los americanos que forman parte de algo más grande que ellos mismos o sus familias, y que le deben un tributo a este colectivo mayor. Es posible ver al gobierno federal como un parásito que se alimenta de la sangre del contribuyente. Pero la sangre existe para circular, para reabastecer; si no se mueve, llega la muerte.

También es posible ver al gobierno federal como el corazón de la gente en tanto que Pueblo – y a la Constitución como su cerebro –, y a la Agencia como las contracciones forzosas de ese corazón.

Yo prefiero la segunda visión; no solamente me parece más precisa sino también más fértil. Fue Shane Drinion quien me la enseñó. Lo amo; él me enseñó muchas cosas. El relato que tengo que contar es su historia, y yo lo entiendo como historia de amor.

(593).



UN TRÁGICO DESTINO: LA BUROCRACIA Y EL ABURRIMIENTO

El capítulo 44 es otro punto *aleph* del relato inconcluso y de la lucidez del autor verdadero/ficticio de carne y hueso, imposible fingidor ante tan fuerte certeza.

“Lo aprendí con solamente veintiún o veintidós años,
en el Centro Regional de Examen de la Agencia Tributaria de Peoria,
donde me pasé dos veranos trabajando como chico del carrito.
Y aquello, de acuerdo con los tipos que me consideraron apto
para hacer carrera en la Agencia, me puso por encima de la media,
el hecho de entender aquella verdad a una edad en que la mayoría de la gente
solamente está empezando a sospechar los principios básicos de la vida adulta:
el hecho de que la vida no te debe nada;
de que el sufrimiento adopta muchas formas;
de que nadie te cuidará jamás como lo hacía tu madre;
de que el corazón humano está chiflado.

Aprendí que el mundo de los hombres tal y como existe hoy día
es una burocracia.

Se trata de una verdad obvia, por supuesto,
aunque también es una verdad que causa enorme sufrimiento
a quienes no la conocen.

Pero lo que es más importante, descubrí – de la única manera
en que un hombre aprende realmente las cosas importantes –
el verdadero talento que se requiere para triunfar en una burocracia.
Me refiero a triunfar de verdad: a que te vaya bien, a marcar la diferencia,
a servir. Descubrí la clave. La clave no es la eficiencia,
ni la probidad, ni la reflexión, ni la sabiduría. No es la astucia política,
el don de gentes, el cociente intelectual puro y duro, la lealtad,
la amplitud de miras ni ninguna de esas cualidades que el mundo burocrático
llama virtudes y que busca con sus test. La clave es cierta capacidad
que subyace a todas estas cualidades, más o menos igual
que la capacidad de respirar y bombear la sangre que subyace
a todos los pensamientos y acciones.

La clave burocrática subyacente es la capacidad de soportar el aburrimiento.
Para operar con eficacia en un entorno que descarta todo lo que es vital y humano.
Para respirar, por así decirlo, sin aire.

La clave es la capacidad, ya sea innata o condicionada,
para encontrar el otro lado del trabajo de a pie, de lo nimio,
de lo que no tiene sentido, de lo repetitivo y de lo absurdamente complejo.
Para ser, en pocas palabras, inmune al aburrimiento.
Y en los años 1984 y 1985 yo conocí a dos hombres que lo eran.

Es la clave de la vida moderna. Si eres inmune al aburrimiento

no hay literalmente nada que no puedas conseguir.
(477-478).

Parece una triste conclusión para un triste destino, que puede captarse en una anotación contundente aparecida entre esas notas recogidas al final por el editor: “David Wallace desaparece: se convierte en criatura del sistema” (588).

¿Voluntaria desaparición? Metáfora o posibilidad en un relato que se considera “verídico”.

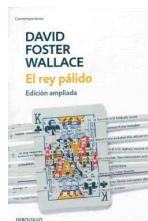


Y NO HAY NADADORES

Sólo de manera indirecta y forzando mucho la lectura se puede encontrar alguna imagen de Nadador en este relato de alguna manera desolado. Al principio de él, en el punto 2, durante el vuelo en avión de uno de los personajes que alcanza más protagonismo, Claude Sylvanshine, hacia Peoria, en donde ha de incorporarse a la Agencia Tributaria. Cuando el avión comienza a descender, observa por la ventanilla una autopista por donde circulan automóviles, y la imagen de rara lentitud o movimiento le hace evocar una imagen próxima a la de un raro nadador:

“¿Qué pasaría si ir en coche produjera la misma sensación de lentitud que producía desde aquella perspectiva?
Sería como intentar correr por debajo del agua.” (30)

Y nada más. Correr bajo el agua, raro Nadador. Suicida, en este caso.



FIN